

CORAZON BABILONICO

E. Chinarro Díaz, S. J.

Juan Rof Carballo

La estafeta literaria

Marzo 1963 n. 261 pp. 3-4

Diálogo con las Revistas

Nos encontramos ante una meditación concentrada de un médico humanista. El título es ya una sugestión y una herida. Es un título indefinido como toda la reflexión que el autor hace. Si pudiéramos clasificar los artículos en expresivos y evocadores, el de Rof Carballo pertenecería al segundo grupo. Produce una especie de contagio agradable, de enriquecimiento sin saber por qué. Naturalmente me refiero a la impresión que se saca en un primer contacto. Si el lector quiere poner en marcha un diálogo, tendrá que leerlo muchas veces, porque el artículo es oscuro y aparentemente heterogéneo.

El título está sugerido por el verso de Francis Thomson: "Nuestras ciudades son fragmentos de nuestro pecho". Por eso la idea que unifica el trabajo es una crítica del hombre reciente a través de la arquitectura babilónica tan de moda.

La composición del artículo es sobre todo intensiva, es un volver con nuevos colores y nuevas dimensiones a engrandecer el boceto suficientemente programado en el primer párrafo: "Si la megalópolis moderna está enferma de desmesura, si en ella la medida del hombre se ha perdido, es porque el corazón humano se ha vuelto también babilónico, atrocemente desmesurado."

Aparentemente podría parecer este párrafo un tanto retórico y muy al margen de la realidad. ¿Qué sentido tiene criticar la ciudad rascacielo, todavía pequeña para dar habitación a las grandes concentraciones humanas al servicio de las empresas industriales y de los innumerables servicios públicos?

Lo babilónico de la arquitectura urbana no está en sus dimensiones, en su capacidad de alojamiento. Está, según el autor, en haber olvidado en los proyectos de construcción "el corazón de las ciudades". En estos "garages con árboles" que son las ciudades modernas en frase de Jean Cocteau, no queda sitio para que el hombre se ponga en contacto con la tierra, el cielo y los demás mortales.

Se trabaja en enormes edificios donde la funcionalidad ha suprimido toda espontaneidad, cual-

quier sorpresa y hasta la más elemental dimensión estética. Todo calculado, todo previsto, todo a punto. El hombre ha de someterse a ese proyecto colectivo que son las industrias y las burocracias modernas. A un nivel acelerado de producción anónima todo es super: la técnica, la producción, el mercado... todo menos el hombre. El error no está, a mi modo de ver, en la construcción gigante hoy necesaria. El hombre acelerado se ha olvidado de sí mismo, por eso al construir ha proyectado su olvido suprimiendo el corazón de las ciudades. Este es el error. En el autor hay cierta nostalgia por cierto tipo de casas que hoy creo impracticables. Pero el problema como he dicho no está en las casas de innumerables pisos.

En todo plan de construcción hay que garantizar la existencia de plazas, parques, caminos y templos, donde el hombre pueda demorarse, cambiar el ritmo de su vivir, jugar, pasear o meditar. La ciudad según el autor, ha de estar edificada de forma que permita la persistencia del niño dentro del hombre. Porque la medida del hombre es la infancia. Infancia que no es una edad determinada. Yo la definiría como una situación de indigencia entrañable que nos empuja hacia Dios a través de la tierra, el cielo y los demás mortales. Pero, como nota perfectamente el autor, la invasión totalitaria del asfalto, el rascacielo por toda perspectiva y las aglomeraciones humanas sin posibilidad de diálogo, ahogan la infancia en vez de protegerla y hacen de las ciudades un escenario babilónico sin acogida humana. Y, sin embargo, la ciudad debe ser el espacio donde coinciden los hombres para amarse, para protegerse, para facilitarse el gran retorno desde la infancia que somos por esencia, presencia y potencia. Las ciudades tienen que estar pensadas para socorrer al niño sin remedio que somos, para ayudarnos a convivir y a conmorir,

Creo que un gran sector de la humanidad está alienado por las proporciones sensacionales, por la superproducción y por todo ese superavit que nos ofrece la gran esperanza económica de la automatización en gran escala. Toda esta grandeza objetiva, que es irreversible y que nadie tiene derecho a frenar en nombre de un espiritualismo conventual a ultranza, ha producido una amnesia total de lo poco que somos a pesar de todo y de lo mucho que nos espera precisamente a partir de la muerte. El niño que pide auxilio desde nuestra propia base ha sido amordazado por el olvido. Por eso la ciudad se construye para ese hombre

aglomerado en cines, cócteles, estadios y cafeterías; para ese hombre que sólo aparenta una necesidad: producción y descanso en orden a producir más. Es urgente crear zonas donde el hombre, al encontrar la soledad, pueda prepararse para la convivencia, para el socorro, para tender la mano a la infancia que nos radicaliza y nos hace tan verdaderos. De acuerdo con el autor en su deseo de construir para la acogida, subrayo la necesidad de reconstruir el corazón de las ciudades dando una nueva motivación: para que el hombre vuelva a la seriedad de no tomarse demasiado en serio el mundo en que vivimos:

...que el tiempo era una espera
de algo, de algún ausente,
y sólo para mientras
llegase, finalmente,
cuando entrando a la vieja
tiniebla allí se encuentre,
había que ir haciendo
cosas cualquiera, leves.

Estos versos de Valverde desenmascaran el babilonismo de estas ciudades donde no se puede jugar, ni meditar, ni demorarse a un ritmo dirigido por la psicología del individuo y no dictado por la física de la máquina. K. Rahner en "Advertencias teológicas en torno al problema del tiempo libre" (1) ofrece un singular complemento a la meditación de Rof Carballo. Porque allí se habla de la necesidad que tiene el hombre de un tiempo en que predomine lo estético de su existencia, lo no planeado por otros, la espera de que ocurra lo incalculable y regalado, la recepción de la gracia. Pero las ciudades sin corazón, donde todo es velocidad, producción y cálculo, hacen imposible que el hombre se descubra, y al ver su pequeñez, se engrandezca en contacto con el cuaternario tierra, cielo, transcendencia y muerte que, sembrado entre las calles, debe constituir el corazón de las ciudades.

Sólo así podremos evitar ese babilonismo que Rof Carballo denuncia en la arquitectura como plástica del corazón humano y que Pío XII significó lapidariamente en el mensaje navideño de 1953: "Propia de nuestro tiempo es, en efecto, la monstruosa obra maestra de convertir al hombre en un gigante del mundo físico, pero a expensas de su espíritu, reducido a pigmeo en el mundo sobrenatural y divino." (2).

(1) Escritos teológicos, vol. IV p. 480-1.

(2) AAS. 46 p. 10.